

LA EXPOSICION DE LAS OBRAS DE ARTE DEL GRAN Y MALOGRADO ARTISTA NACIONAL C. SAEZ

Bajo los auspicios de la Sociedad Amigos del Arte se inaugurará el 29 del corriente y evocará el espíritu superior del compatriota desaparecido en plena juventud

UN ARTICULO DE PEDRO FIGARI, ENTONCES ABOGADO Y ESCRITOR SIMPLEMENTE

El 29 del corriente, se inaugura en los salones de la casa Moretti, Catelli y Mazzucchelli, la exposición de un gran número de telas de aquel temperamento profundamente artista que fué Carlos Saez, desaparecido cuando recién la vida se abría a su investigación, a su contemplación y a su talento enorme. Prestigia la muestra —que es un homenaje a su autor— la "Sociedad de Amigos del Arte", que en realidad realiza un acto de justicia en mo-

mentos en que esta no es moneda corriente en las esferas del arte, convulsionadas por exóticas corrientes. El que reproducimos a continuación, bellísimo artículo fué publicado en un diario de Montevideo, el día 4 de enero de 1902, esto es, hace 30 años. Además del interés intrínseco de sus líneas, tiene este artículo otro interés sugestivo: el de haber sido escrito por un hombre cuyo prestigio y nombradía de entonces, no eran debidos, por cierto, a la pintura, siendo hoy, ese hombre—por extraño vuelco de Destino—una de las figuras universales reconocidas, de la pintura moderna.

Recuerdas, lector, a aquel adolescente raro, muy raro y a la vez alegre, chancero, expansivo, simpático, elegante, que a su regreso de Roma expuso en el Bazar Mavroff una serie de dibujos bizarros y de telas que no semejaban ni en el color, ni en la línea, ni en la composición, a los que a diario—malos y buenos—acostumbras ver en caballetes lujosamente contorneados por un manto de terciopelo de tinte granate muy subido?

El pobrecito murió.

En Roma, donde pasó siete años—de los catorce para arriba—había sentado plaza punto menos que de personalidad. Tenía imitadores. Su vestido, su peinado, su sombrero, su porte, sus corbatas, sus alhajas, era todo distinto de lo que se estilaba; y, con todo, desde lejos ya se veía que no era un petimetre, un "snob", un extravagante, sino un artista y a la vez un "gentleman".

Decía monólogos y cantaba canzonetas napolitanas con una gracia inimitable. Para remedar, era de verse. Se le invitaba especialmente a las fiestas; en los salones se le hallaba tan decidido y desenvuelto como en su propio taller. A éste lo había alhajado sin muebles: con ta-

blas y con telas que, por los recursos de su ingenio, producían un efecto sorprendente, extraño y agradable. Va sin decir que no acordaba a cualquier quidam el derecho de frecuentarlo: eso quedaba para los refinados. Tenía partido en la bohemia artística de Roma y especialmente entre los pintores españoles, que la amaban de veras.

Convencido de que apenas estaba a medio camino en su carrera, no abandonó un instante su firme propósito de retornar al viejo mundo para seguir sus estudios. Gestionaba su nueva pensión, cuando el Ateneo hizo un llamado a concurso para proveerse de un cartel ilustrado.

Carlos Saez se consagró con ardor al trabajo, para corresponder lo más dignamente que le fuera posible al honor de la invitación. La idea de que en su país pudiera crearse un ambiente propicio al arte, le producía entusiasmos que no podía reprimir. Aunque el plazo era brevísimo, preparó por decenas sus apuntes y bocetos, antes de optar por el que debía merecerla la opinión de presentable, y preparaba, además, con reserva, una sorpresa de índole social para esas fiestas. Nos había pedido un monólogo humorístico para recitarlo de improviso en el día de la inauguración. Deseaba concurrir de todas maneras al mayor brillo de ese paso inicial, que su fantasía le hacía aumentar, hasta ver en él un resurgimiento del país a la vida del arte.

Expiraba el plazo fijado y a última hora apareció Saez con su "afiche" y dos bocetos. Pidió su espacio y él mismo, encaramado en una escalera, los colocó lo mejor posi-

(Continúa en la página 4)

placemos, y aun nos vanagloriamos de la riqueza y de la belleza de estos territorios vírgenes, soberbiamente hermosos, fantásticamente ricos. Nos halaga al propio tiempo que se constate la inteligencia de nuestra raza, y no advertimos que todo esto sólo podría ser un motivo de satisfacción legítima, cuando fuésemos capaces de sacar un partido razonable de tales bienes naturales; de otro modo no. Al contrario, aminoramos nuestro volumen, exponiéndonos a los juicios despectivos o compasivos de pueblos que, con recursos naturales menores, han realizado y realizan mucho más.

Para cohonestar nuestra conciencia nacional, decimos que nuestro país está en "la infancia", sin notar que, al decir esto, solo expresamos una media verdad. Si tal antecedente puede excusar, por ejemplo, la exigüidad de nuestro caudal de obras plásticas, no explica ni puede explicar los errores de orientación, tan principales como son, porque siempre hemos podido optar por lo mejor, más libremente que ningún pueblo, desde que aquí no ofrecen las tradiciones retardatarias igual grado de organización ni igual sugestionabilidad, y debimos y debemos, pues, encaminar por las sendas más prósperas nuestra actividad toda, para aprovechar de esa mayor libertad de acción que nos depara nuestra privilegiada condición de americanos.

Cuando se piense que no es por lo común sangre charrúa la que inunda nuestras venas, así como que contamos con algo más que con las viejas carabelas para comunicarnos con todo el mundo, e informarnos sesudamente, se comprende que no tiene el valor que se le atribuye la tan alegada infancia nacional.

Nuestro país es delicioso, por naturaleza; pero la vida que nos brinda de día en día es más áspera, más dura. ¡Ya no es "la América" de nuestros antepasados! No obstante nadie se atreverá a imaginar que se han agotado nuestras riquezas naturales. Lo que ocurre, es que hemos tomado un mal sendero para plasmar nuestra cultura: la limita-

y conveniencias, a fin de que nuestra acción fuese congruente, nos vemos privados de disfrutar de los opulentos bienes naturales que nos ofrecen estos riquísimos países.

Casi todos estos países sudamericanos pierden la noción de lo real, porque viven de reflejo. Así como los petrimetros esperan el último figurín para saber a qué atenerse, nosotros seguimos las ocurrencias de los demás países, y de algunos principalmente, para tomar nuestras disposiciones, y así es que no vivimos una vida propia, razonada, profícua, fácil, y no perfilamos un carácter autónomo, que, como espejo de una conciencia clara, puede manifestarse sin ambages. Las suculentas y groseras imitaciones "patisserie italienne" de que habló Clemenceau, al recordar nuestra estética edilicia; los "musées d'horreurs" de que habló Lugné-Poe, al considerar nuestros interiores sudamericanos, y la propia "cara de buéy", que, según él, ponen ciertas personas conspicuas cuando se les habla de arte, no son malquerencias, desgraciadamente, son testimonios fidedignos de que no manifestamos una conciencia cultural propia.

Copiar es malo, y remedar es peor; pero lo mejor de lo peor es copiar y remedar no ya para servir una necesidad, sino para darnos "corte".

Si es permitido asimilar cuanto venga para mejorar nuestra condición ante la perenne demanda que formula la lucha natural, no es igualmente legítimo ni más culoso el copiar, puesto que denota ausencia de esfuerzo conciente, de individualidad. Lo justo es que cada cual aporte, o por lo menos se esmere en aportar arbitrios a la obra común, social humana. Los que sólo cuidan de aprovechar de los arbitrios ajenos, quedan como parásitos, sin poder aspirar a la consideración y al respeto de los demás; comensales de la civilización que viven a expensas del esfuerzo de consecución de los demás, y que pierden por lo mismo su dignidad.

Pedro Figari.

IENTE

MO...

ha llevado, como si n brújula, a graves has decepciones. No mado un concepto ral, para conocer ridades, necesidades

Bajo los auspicios de la Sociedad Amigos del Arte se inaugurará el 29 del corriente y evocará el espíritu superior del compatriota desapa-

UN ARTICULO DE P

El 29 del corriente, se inauguró en los salones de la casa Moretti Catelli y Mazzuchelli, la exposición de un gran número de telas de aquel temperamento profundamente artista que fué Carlos Sáez, desaparecido cuando recién la vida se abrió a su investigación, a su contemporaneidad y a su talento enorme. Preside la muestra —que es un homenaje a su autor— la "Sociedad de Amigos del Arte", que en realidad realiza un acto de justicia en mo-

DR. JUAN BENEDETTI LARAYZA
Médico especialista en las enfermedades de la nutrición, reumatismo y sífilis. Tratamiento médico de los cálculos biliares. Consultas de 4 a p. m. Se trasladó a la avenida 3 de julio 1515, entre Varques y Tacuarempo.

I

Dra. EMA TIRIBOCCHI DE ALVAREZ—Médica de la Maternidad. Ha trasladado su consultorio a la calle Uruguay 1667, esquina Minas. Teléf. Urug. 2330, Corden. B. n. o.

Clinica Dermatologica del Hospital
Maezel, Especialista en enfermedades
de la piel y de la sífilis y
de la venérea.
Tratado de 4 a 7. Sabados de 10 a 12.
1194, casi en su consultorio a San José
Cordon.

Dr. J. ARAL—De la F. de Med.
de París.—Vista urinaria.—De-
feso de su lista de estudio por En-
ropa, ha reabierlo su consultorio.—
Hors: Señora, 2 a l. Hombrer 5 a
8. Calle Colón. 1968. esp. h.n.o.

Dr. ROBERTO MEZNERA, -
RAYMON L. BAYO - Abogados. - Han
trasladado su estudio a la calle
Piedras N.º 287 (1.º piso) en de-
fecho).

ABOGADOS
EUGENIO M. SACARELLLO Y
FERNANDES.—Abogados.—Calle Treinta
y Tres N.º 1324. Horas hábiles
de 9 a 12. Teléf. La Uruguay 8616.
P. M. 9.

PROFESSIONALES

PARASITISMO, COMENSALISMO...

Para convivir dignamente es preciso que todos concurren con algo: es la equidad.

Los americanos del Sur nos complacemos, y aún nos vanagloriamos de la riqueza y de la belleza de estos territorios vírgenes, soberbiamente hermosos, fantásticamente ricos. Nos halaga al propio tiempo que se constata la inteligencia de nuestra raza, y no advertimos que todo esto sólo podría ser un motivo de satisfacción legítima, cuando fuésemos capaces de sacar un partido razonable de tales bienes naturales; de otro modo no. Al contrario, aminoramos nuestro volumen, exponiéndonos a los juicios despectivos o compasivos de pueblos que, con recursos naturales menores, han realizado y realizan mucho más.

Para cohonestar nuestra conciencia nacional, decimos que nuestro país está en "la infancia", sin notar que, al decir esto, solo expresamos una media verdad. Si tal antecedente puede excusar, por ejemplo, la exigüidad de nuestro caudal de obras públicas, no explica ni puede explicar los errores de orientación, tan principales como son, porque siempre hemos podido optar por lo mejor, más libremente que ningún pueblo, desde que aquí no ofrecen las tradiciones retardatorias igual grado de organización ni igual su gestionabilidad, y debimos y debemos, pues, encaminar por las sendas más prósperas nuestra actividad toda, para aprovechar de esa mayor libertad de acción que nos depara nuestra privilegiada condición de americanos.

Cuando se piense que no es por lo común sangre charrúa la que inunda nuestras venas, así como que contamos con algo más que con las viejas carabelas para comunicarnos con todo el mundo, e informarnos sesudamente, se comprende que no tiene el valor que se le atribuye la tan alegada infancia nacional.

Nuestro país es delicioso, por naturaleza; pero la vida que nos brinda de día en día es más áspera más dura. ¡Ya no es "la América" de nuestros antepasados! No obstante nadie se atreverá a imaginar que se han agotado nuestras riquezas naturales. Lo que ocurre, es que hemos tomado un mal sendero para plasmar nuestra cultura: la limita,

ción, y esto nos ha llevado, como si navegáramos sin brújula, a graves errores y a muchas decepciones. No habiéndose formado un concepto propio estructural, para conocer nuestras peculiaridades, necesidades y conveniencias, a fin de que nuestra acción fuese congruente, nos vemos privados de disfrutar de los opulentos bienes naturales que nos ofrecen estos riquísimos países.

Casi todos estos países sudamericanos pierden la noción de lo real, porque viven de reflejo. Así como los petrimetros esperan el último figurín para saber a qué atenerse, nosotros seguimos las ocurrencias de los demás países, y de algunos principalmente, para tomar nuestras disposiciones, y así es que no vivimos una vida propia, razonada, profícua, fácil, y no perfilamos un carácter autónomo, que, como espejo de una conciencia clara, puede manifestarse sin ambages. Las suculentas y groseras imitaciones "patisserie italienne" de que habló Clemenceau, al recordar nuestra estética edilicia; los "musées d'horreurs" de que habló Lugué-Poe, al considerar nuestros interiores sudamericanos, y la propia "cara de buey", que, según él, ponen ciertas personas conspicuas cuando se les habla de arte, no son malquerencias, desgraciadamente, son testimonios fidedignos de que no manifestamos una conciencia cultural propia.

Copiar es malo, y remedar es peor; pero lo mejor de lo peor es copiar y remedar no ya para servir una necesidad, sino para darnos "corte".

Si es permitido asimilar cuanto venga para mejorar nuestra condición ante la perenne demanda que formula la lucha natural, no es igualmente legítimo ni másculó el copiar, puesto que denota ausencia de esfuerzo conciente, de individualidad. Lo justo es que cada cual aporte, o por lo menos se esmere en aportar arbitrios a la obra común, social humana. Los que sólo cuidan de aprovechar de los arbitrios ajenos, quedan como parásitos, sin poder aspirar a la consideración y al respeto de los demás; comensales de la civilización que viven a expensas del esfuerzo de consecución de los demás, y que pierden por lo mismo su dignidad.

Pedro Figari.